

# Las armas ideológicas del sistema

¿Qué son las armas ideológicas? Pues un conjunto sistemático de creaciones mentales mediante las cuales un régimen busca justificar sus acciones y así, justificarse a sí mismo.

Cuando un régimen reviste las características del actual régimen salvadoreño, la mixtificación de la realidad, se torna una necesidad imperiosa.

Sin entrar a analizar si las intenciones que movieron a quienes derrocaron al General Romero, eran honestas o no (al fin y al cabo de buenas intenciones está empedrado el camino al infierno) lo que sí es digno de considerar es que de esa primera Junta lo único que se conserva es la denominación de "Revolucionaria".

Y en ese calificativo y en la conservación de él es posible encontrar una primera arma ideológica. Un régimen que se autodenomina "revolucionario", cuando su finalidad, su razón de ser es objetivamente anti-revolucionaria, es obvio que está mixtificando la realidad.

En este esquema de poder encontramos otra arma ideológica. El gobierno se presenta como cívico-militar, como una resultante de la coalición militar-democrristiana. Y eso es lo aparente. El poder real en ningún momento ha sido enajenado por los altos mandos militares. Ellos, es cierto, mantienen algún grado de condicionamiento, en atención a los intereses del gobierno Reagan y del poder

oligárquico. Pero nada más. El ejercicio del mando político está en sus manos. Se podría afirmar que éstas son especulaciones; más ¿cómo interpretar el hecho de que el Ministro de Defensa, sea quien desautorice al Ministro de Economía? ¿Cómo entender y explicar que el "alto mando" vete la política del Ejecutivo y de la propia Junta? ¿Cómo explicarnos también que la Alianza Productiva llame "casi gobernante" al Presidente de la Junta de Gobierno, además de sostener en la prensa una tenaz avalancha de acusaciones e irrespeto para el sector civil del gobierno y nunca haya proferido la más leve crítica al sector militar?

¿Cómo comprender las declaraciones del señor Hinton, que más parecen las de un Gobernador y no las de un Embajador de una potencia extranjera? ¿Cómo compaginar su abierta intervención política, militar y económica en momentos en que se habla de soberanía y libre determinación del pueblo salvadoreño?

El esquema de poder actual obviamente maneja las armas ideológicas con fines mixtificadores tanto al interior del país, como al exterior.

Dentro de este mundo de las apariencias situamos las reformas del régimen. Dentro de los conocimientos vulgares, esto es, no científicos, un gobierno "revolucionario" es el que hace "reformas". Así encontramos las tres reformas: nacionalización de la banca,

del comercio exterior —entiéndase exportación del café— y la reforma agraria. De las dos primeras ni amerita ocuparse, ya que ni el mismo régimen les concede importancia. En cuanto a la reforma agraria, responsabilidad del abogado Morales Ehrlich, el “enemigo” de los terratenientes, si alguna radicalidad tiene, sólo sería posible encontrarla en el papel. En la práctica, en el mundo real, no sólo es un fracaso en las pocas haciendas aún intervenidas, sino que poco a poco se constituye en una carga para el erario nacional de por sí ya bastante maltrecho, si se satisfacen las “demandas” de los “afectados”.

Las reformas de papel vienen a constituir, pues, otra arma ideológica del actual régimen.

De la síntesis de las ideologizaciones anteriores: gobierno “revolucionario”, con un poder cívico-militar aparente, más las reformas de mentira, nos hallamos otra arma ideológica: la del gobierno, víctima de los ataques de la izquierda y de la derecha. Ficción muy usada por el gobierno venezolano y la administración Reagan, para justificar su intervención en nuestros asuntos internos. Intervención que, a su vez, se disfraza como la ayuda a un gobierno amigo.

En cuanto a los sectores de derecha como una mixtificación más, no es preciso ocuparse. El gobierno nunca ha podido constatar su existencia como fuerza independiente de sí mismo, lo cual torna evidente cuál es su realidad, dónde está ubicada y cuál es la articulación con el poder real.

En cuanto a las fuerzas de izquierda, forma mítica de denominar al FMLN-FDR, que se convierten a su vez bajo una mixtificación vulgar en “terroristas”, “delincuentes”, “subversivos”, “facinerosos”, “comunistas”, sólo nos es posible plantear algunas interrogantes. ¿Cómo se explica que el gobierno no pueda acabar con esos grupos de “terroristas”? Sí. ¿Por qué no logra terminar con ellos, no obstante contar con asistencia militar del gobierno Reagan, de tener un ejército profesional con brigadas anti-subversivas, numerosos cuerpos de seguridad, comités de defensa civil, etc.? ¿Cómo es posible que el gobierno que dice contar con todo el apoyo popular no logre acabar con una “minoría de delincuentes”?

Para justificarlo acuden a otra mixtificación: nuestro país es víctima de la subver-

sión internacional. Estamos siendo agredidos por Nicaragua, Cuba, Rusia, etc. Se habla de la participación de mercenarios, de cantidades increíbles de armas sofisticadas, etc..

Lo cual da pie a otra arma ideológica, a otra deformación de la realidad: hay que salvar la democracia amenazada por el comunismo. En El Salvador se juega el destino de América Latina, gritan en coro los gobiernos fascistas del cono sur.

¿Qué fue de aquella reflexión de juventud del Coronel García, cuando consideraba que El Salvador era una bomba de tiempo y donde hacía una clara alusión a los graves problemas estructurales que ha venido padeciendo y aún padece nuestro país?

¿Acaso no resulta más acorde con la realidad el pensar la guerra civil que actualmente vivimos como el resultado obligado de décadas de injusticia social, de miseria, de opresión, de mascaradas electorales?

Examinemos qué es lo que encontramos en esta guerra sangrienta ¿Miles de mercenarios muertos? ¡No! Miles de salvadoreños asesinados en forma cruel y bestial, en su gran mayoría civiles desarmados: niños, jóvenes, mujeres, ancianos. . . gente del pueblo. De ese pueblo en nombre de quien se dicen tantas cosas. De ese pueblo, a quien se pretende confundir distorsionando la realidad.

Y esto que debería ser suficiente para que la comunidad internacional de naciones condenara en forma unánime al actual gobierno, es sólo una parte —sin duda alguna, la peor— de lo que actualmente sufre el pueblo salvadoreño, pero no es lo único.

Hay cientos de desaparecidos, secuestrados, prisioneros, reos políticos, cuya realidad es inocultable por el régimen, aunque para “legitimarla” recurran a la emisión de leyes ad hoc que responden a las ficciones anteriores.

Sufrimos cantidad de decretos represivos: el 296 contra la organización de los empleados públicos; el 43 que militariza los servicios públicos fundamentales; el 507, verdadera monstruosidad jurídica: permite la tortura aun en menores de edad, se aplica a cualquier sospechoso de ser “subversivo” y, a criterio de los militares, anula todo derecho de defensa; el 544, congela sueldos y salarios, prorrogado por 6 meses mas; el 589, Ley de Identificación de Menores, establece el control político sobre

niños y adolescentes; la suspensión de garantías individuales mediante el Estado de Sitio, el Toque de Queda y la Ley Marcial.

Sufrimos el mayor desempleo que se conoce en la historia de nuestro país y la mayor inflación. Y para que la miseria se generalice se congelan los sueldos y salarios. ¿Y cuál es la promesa del gobierno? Austeridad. ¡Si no morimos asesinados, moriremos de hambre! Y si todo ésto pareciera poco, el mismo régimen reconoce que todos los problemas que veníamos padeciendo, lejos de resolverse se han agudizado.

En cuanto a la educación hay cientos de escuelas cerradas y el analfabetismo se incrementa; el máximo centro de estudios, la Universidad de El Salvador está ocupada militarmente, acusada de ser el santuario de la subversión. Los principales centros asistenciales y sus recursos están al servicio de la guerra fratricida. Los problemas habitacionales van de mal en peor.

Ante esta cruel y espeluznante realidad, ¿qué dice el gobierno militar? **“Todo por la Patria. Juntos pueblo y Fuerza Armada”**. Una mixtificación más que adquiere su máxima expresión en la celebración belicista del 15 de septiembre que evoca los días de gloria de la Alemania hitleriana. Al despojar el acto de la aparente solemnidad y de los ribetes bufonescos, provoca dolor y tristeza en cualquier espíritu amante de la paz.

Pero bien, se invoca la Patria. ¿Pero qué es la Patria? La Patria la constituyen todos los elementos animados e inanimados, todos los elementos materiales e inmateriales, los salvadoreños y su medio. Observemos esta última realidad: los salvadoreños y su medio. Encontraremos que los salvadoreños no constituyen una unidad homogénea. Una primera diferencia resulta de la relación de cada salvadoreño con el medio material en que vive. Existen unos pocos salvadoreños que acaparan la propiedad y la posesión de los bienes materiales y existe una gran mayoría de salvadoreños que no poseen nada. Existen unos cuantos salvadoreños que han usurpado el poder político y militar y existe una gran cantidad de salvadoreños que sufrimos las decisiones políticas y militares de unos pocos. . . Para no abundar en lo ya har- to conocido, basta con decir que la Patria, si bien debería de pertenecernos a todos los salvadoreños, constituye el patrimonio de

unos pocos. Y cuando se nos dice: **“Todo por la Patria”**, se nos está pidiendo dar hasta la vida por la Patria. ¿Será justo y racional que demos la vida por la Patria que no nos pertenece? ¿En base a qué nos pueden pedir los pocos que sacrifiquemos nuestra vida por una Patria que les pertenece exclusivamente a ellos?

Habiendo aclarado lo anterior es fácilmente comprensible, el por qué de esa diferenciación entre pueblo y Fuerza Armada. El pueblo es esa inmensa mayoría de la población a quien no le pertenece la Patria. La Fuerza Armada una entidad diferenciada del pueblo que busca garantizar el disfrute de la Patria para unos pocos. ¿Puede entonces haber unidad entre pueblo y Fuerza Armada?; obviamente no! Los intereses de ambos son contradictorios y excluyentes. El pueblo lucha por sí y para sí. La Fuerza Armada lucha por unos pocos y para unos pocos.

Que nuestra Patria se desgarrar en una cruenta guerra civil es otra realidad que pretende ser deformada. La declaración de México y Francia que reconocen al FDR-FMLN como **“una fuerza política representativa”**, no es otra cosa que la constatación de un hecho, de una realidad inobjetable. Y bastaría con recordar quiénes integran el FDR-FMLN, para darse cuenta —si son o no— fuerzas políticas representativas; o bien, la multitudinaria manifestación lograda por la Coordinadora Revolucionaria de Masas, integrante del FDR; o bien, la incapacidad del gobierno militar de derrotar a las fuerzas insurgentes, pese a que cuenta con la ayuda del poderoso gobierno norteamericano, por lo menos de la parte más reaccionaria. Es sabido que los focos guerrilleros, separados de las masas, son fácilmente derrotados por cualquier ejército profesional y aun el más ineficiente de los ejércitos profesionales puede lograr cuando menos neutralizarlos. Ni lo primero ni lo último ha sucedido en el país. Y la Ley de Amnistía que pretendía rescatar a **“muchos jóvenes inexpertos a quienes se les explota la generosidad de su espíritu”** —otra arma ideológica empleada por el gobierno— fue refutada por la realidad. ¡El pueblo no se traicionó a sí mismo!

Ante esta realidad, el gobierno cree que basta con llamar **“terroristas”** a los insurgentes, para quitarles toda representatividad. Y sostiene que el reconocimiento de Mé-

xico y Francia de esta realidad se refuta, acusando a dichos países de intervención en nuestros asuntos internos.

Terrorismo e intervención extranjera, ya se han tornado lugares comunes dentro de las armas ideológicas del gobierno militar. Y como dice un refrán popular. "Quien las usa, se las imagina". La intervención de la administración Reagan es tan descarada que ni objeto tiene gastar papel, demostrándola, es obvia y evidente. Como evidente es el terrorismo gubernamental y para-militar. Como evidente también resulta que únicamente los regímenes de extrema derecha apoyen al gobierno militar salvadoreño.

Como las armas ideológicas no ofrecen los resultados deseados, como la guerra continúa deteriorando el poder económico oligárquico, éste se exaspera y complota. La desesperación siempre ciega. Pero a la administración Reagan le resultaría mucho más difícil justificar su apoyo a un gobierno que se mostrara tal cual es. Los "golpes" se han ido conteniendo, aunque siempre permanecen latentes.

De ahí que la contradicción fundamental se mantenga entre los sectores dominantes y dominados, y se ofrezca la panacea electoral. Otra arma ideológica con pretensiones de "curalotodo"

En sus últimos días en el poder, el Gral. Romero también ofreció "elecciones libres" Resultaba claro ya, en aquel momento de menor crisis nacional, que las elecciones no son una solución en sí.

En este momento ¿cómo podría alguien creer en la garantía de "elecciones libres" y que se va a respetar al ganador, cuando no hay garantía para la vida, ni se respetan en absoluto los derechos humanos?

Es difícil poder prever cuál podrá ser la solución al conflicto en que nos encontramos inmersos todos los salvadoreños, cuando la guerra lo domina todo. Difícil imaginar una solución distinta a la planteada por la guerra, donde la resolución del conflicto ven-

dría dada por la victoria del más fuerte, del que posea una mayor capacidad de adaptación a las nuevas condiciones que se van presentando como resultado de la acción recíproca de los bandos en pugna.

Algo sí resulta evidente, esto es que los orígenes del conflicto se encuentran en lo económico-social. Es el control de la riqueza material lo que defienden los pocos propietarios de la Patria, es la furia del interés privado sobre el interés público la que está cobrando tantas vidas. Y el baño de sangre no se detendrá, mientras la oligarquía no sienta amenazados sus privilegios o los pierda definitivamente.

Lo demás, lo que encubre esta realidad, cual es: la libertad, la igualdad, la democracia, son tan sólo armas ideológicas. . . Ilusiones para las masas. . . Realidad, únicamente, para los pocos propietarios de la Patria.

En las actuales circunstancias resulta vano apelar a sentimientos de humanidad, de moralidad o bien a la racionalidad. El actual gobierno ha llegado incluso a creerse depositario de la verdad absoluta, seguramente porque ha terminado creyendo sus propias mixtificaciones, sus propias irrealidades.

Pero no por ello todos vamos a terminar siendo víctimas de sus armas ideológicas. Hay realidades que ninguna ideologización puede transformar.

¿Se podrá convencer a un pueblo hambriento que lo más importante es defender la libertad, la igualdad, la democracia, cuando este pueblo la única libertad que ha conocido es la libertad de morir de hambre? Y para el que la democracia únicamente ha significado fraude electoral, mentira, engaño y frustración. La Patria que quiere y ama la mayoría desposeída, se basa en la justicia social y el respeto a la dignidad de la persona humana, se basa en una sociedad nueva y distinta.

San Salvador, septiembre de 1981.

A.M.